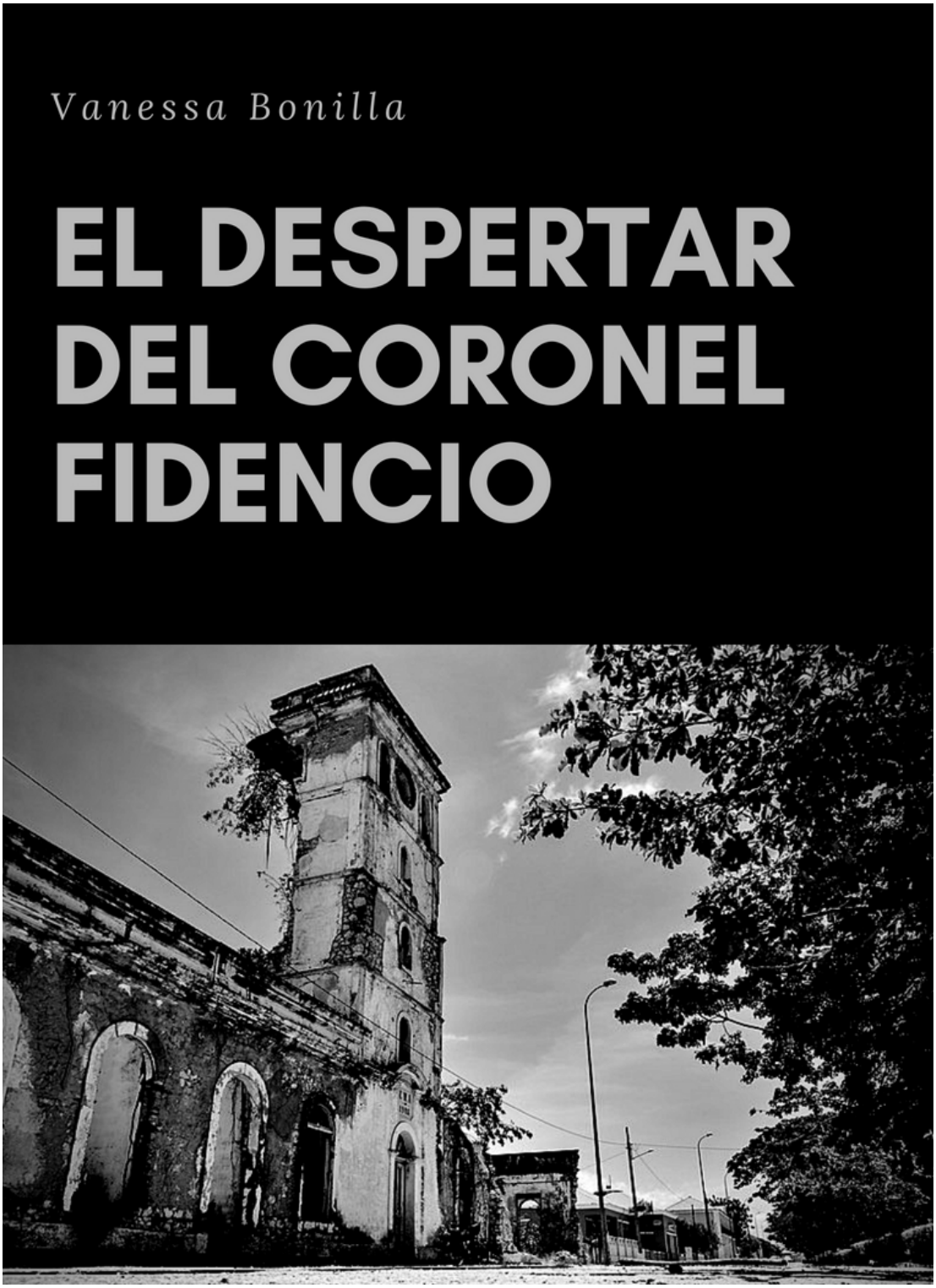
El desepertar del coronel Fidencio

Vanessa Bonilla



Capítulo 1

El estruendo de la batucada lo sobresaltó. El riachuelo de saliva que había escurrido de su boca ahora se mezclaba con la aureola de café que había dejado su taza ausente. El periódico de ayer lo llevaba pegado a la mejilla como un tatuaje y las gotas de sudor se le condensaban entre el camino de su frente y los indicios de un cuero cabelludo retrocedido en el tiempo. Fidencio no sabía cuánto había dormido, pero la batucada, sin duda, lo había despertado.

El sonido de los tambores ahora se mezclaba con el vaivén y el murmullo de la gente en las calles del pueblo, con cada son, un poco más fuerte y cerca. Él, quejumbroso, no pudo sino fruncir el ceño ante tanto auge de felicidad y festejo. Se preguntó qué carajos celebraban todos y refunfuñaba a voz baja la interrupción de un descanso que, si no era bien merecido, sí bien necesitado.

Se giró en su asiento para buscar a la muchacha de pies pequeños y manos torpes que lo había atendido cuando llegó al café esa mañana, pero no encontró a nadie. Volteó hacia su derecha y, para darle par, a la izquierda, pero el local se encontraba desierto. Parecía arrasado por un súbito tornado que había volteado mesas y sillas, que había desfasado aquel cuadro de la bahía que a él le gustaba admirar cada vez que venía, lo cual era seguido. Su taza de café la encontró rota, segundos después, a un lado de la mesa de madera circular muy pequeña para sus burdas proporciones corporales.

Fidencio, confundido, se levantó de su asiento con un mareo que provenía de su cabeza. Carraspeó el sabor amargo del café en su garganta y caminó, a línea chueca, hacia las calles del pueblo. En una nada, fue envuelto en el mar de personas que bailaban y gritaban versos conocidos, pero que ahora él no podía seguir al pie de la letra. Pasaron por la iglesia donde los padres de Fidencio lo habían bautizado décadas atrás, doblaron por la plaza, dónde el olor a pan dulce de Don Aurelio le penetraba las narices con recuerdos infantiles y, acto seguido, por el puesto improvisado de boleo que él frecuentaba cada martes antes de entrar a trabajar.

La gente se abrazaba entre sí y, entre el gentío, Fidencio reconoció a la chica que le robó su primer beso y a la otra amiga suya que nunca le hizo mucha gracia. Ambas se reían con marcas en el rostro de risas incontables. Fidencio pensó en acercarse a ellas y juntarse entre sus brazos, como lo hacían todos a dientes mostrados, pero decidió, mejor, no hacerlo y simplemente se conformó con mover sus rodillas y cadera a un ritmo que se repetía a voz baja.

—Un, dos, tres. Un, dos, tres.

El mareo se fue disipando, al igual que su malestar y no pasó mucho antes de que, saltando de roca en roca, todo el pueblo cruzó el río que se encontraba a las afueras del pueblo. Un chico, que Fidencio juraba había visto en algún sitio, resbaló un poco entre las piedras húmedas y él, cómo los demás, soltaron carcajadas inocentes, seguidas de una que otra sacudida de cabeza.

A la media hora, pero sin indicio de cansarse, llegaron a un terreno a lo alto de un cerro pequeño que tenía el césped hecho ya maleza entre las otras rocas, éstas secas, cuadradas y gravadas con letras que él no alcanzaba a leer. Fidencio se divertía entre su pueblo querido: saltaba, bailaba y sonreía sobre el verde vivo del suelo, hasta que se éste se le acabó y cayó de espaldas con un fuerte estruendo.

La música seguía, el vaivén se oía, pero él ya no veía nada más que un rectángulo de cielo, a lo lejos. Su respiración empezó a subir, su pecho a contraer acelerado y el pulso de su corazón se convirtió en un ritmo desconcertante dentro de su piel helada.

Fidencio llamó a que lo ayudaran a salir, a que le tendieran la mano como a aquel chico del río, pero nadie parecía oírlo o hacer reparo ante su caída. De pronto, llovió tierra, mucha, y las gotas secan cayeron con violencia sobre sus pantalones de uniforme y luego sobre sus insignias y medallas de oro. Fidencio, lleno de pánico y confusión, intentó quitarse la tierra de encima, pero la tormenta seguía y las nubes de uñas no paraban de escurrir tierra a puñaladas, ahora sobre sus ojos y tráquea.